

II

En el muelle de Alejandría

En el muelle de Alejandría cantaba en pie una cantora. A su lado estaban dos flautistas, sentadas sobre el parapeto blanco.

I

Los sátiros han perseguido en los bosques
los pies ligeros de las oréadas.
Han acosado á las ninfas hasta las montañas,
asustándolas con sus sombríos ojos;
asen sus cabelleras semejantes á alas;
toman á la carrera sus pechos de virgen,
y hacen corvarse sus torsos calientes, volteándolos
sobre el musgo verde y humedecido.
Y los hermosos cuerpos, los cuerpos semidivinos,
se estiran de dolor y placer...
Eros hace gritar en vuestros labios ¡oh mujeres!
el Deseo doloroso y dulce.

* * *

Las flautistas repitieron:

—¡Eros!

—¡Eros!

Y gimieron con sus dobles cálamos.

II

Kibele ha perseguido en la llanura
á Attys, tan hermoso como Apolo.
Eros había herido el corazón de ella por él,
¡oh toto! pero no el de él por ella.
Para ser amado ¡dios cruel! ¡malvado Eros!
te vales muchas veces del odio...
A través de los prados y de las campiñas,
la Kibele da caza á Attys.
Y como ella adora al desdenoso,
ha hecho penetrar en sus venas
el gran soplo frío, el soplo de la muerte.
¡Oh Deseo doloroso y dulce!

* * *

—¡Eros!

—¡Eros!

Quejas agudas brotaron de las flautas.

III

El Pie-de-Cabra persiguiendo va hasta el río
á la Syrinx, hija de la fuente.
Eros el pálido, que ama el sabor de las lágrimas,
la besa al vuelo una y otra mejilla;
y la sombra leve de la virgen ahogada
ha hecho estremecer las cañas sobre las aguas;
pero Eros posee al mundo y á los dioses,
hasta posee á la misma Muerte.
Y sobre la tumba acuática cosechó para nosotras
todas las cañas, y de ellas hizo una flauta...
Es un alma muerta la que llora aquí ¡oh mujeres!
el Deseo doloroso y dulce.

* * *

Mientras las flautas prolongaban el lento
canto del último verso, la cantora tendía la

mano á los transeuntes que formaban corro en torno de ella, y recogió cuatro óbolos, que se guardó en su calzado.

Poco á poco iba deslizándose la multitud, innumerable, curiosa de sí misma y mirándose pasar. El ruido de los pasos y de las voces apagaba el del mar. Los marineros, encorvando la espalda, atraían las embarcaciones hacia el muelle. Pasaban las vendedoras de frutas llevando en brazos sus repletos canastillos. Los mendigos tendían la mano temblorosa. Trotaban los asnos cargados de odres llenos bajo la vara de los borriqueros. Pero por ser la hora de la puesta del sol, más numerosa que la multitud activa, cubría el muelle la multitud desocupada. De trecho en trecho se formaban grupos, entre los que vagaban las mujeres. Oíase nombrar las siluetas conocidas. Los jóvenes miraban á los filósofos, que á su vez contemplaban á las cortesanas.

Eran éstas de todas las clases y condiciones, desde las más célebres, vestidas de ligeras sedas y calzadas de piel dorada, hasta las más miserables, que caminaban descalzas. En belleza no eran inferiores las pobres á las otras, pero sí menos afortunadas, y la atención de los sabios se dirigía preferentemente hacia las que no alteraban su gracia natural con el artificio de los cinturones ni la embarazaban con joyas. Por ser la víspera de las Afrodísias, gozaban estas mujeres de absoluta licencia para elegir el vestido que mejor les sentase, y aun algunas de las más jóvenes se habían atrevido á no llevar ninguno. A nadie, sin embargo, chocaba su desnudez, pues ninguna de ellas se hubiese expuesto al sol en todos sus detalles si uno sólo hubiera resaltado con el menor defecto

que se prestase á las burlas de las mujeres casadas.

—¡Tryfera! ¡Tryfera!

Y una joven cortesana de aspecto jovial atropelló á algunos transeuntes para reunirse á una amiga entrevista.

—¡Tryfera! ¿estás invitada?

—¿Adónde, Seso?

—A casa de Bakkhís.

—Aún no. ¿Da una comida?

—¿Comida? Un banquete, querida. El segundo día de la fiesta dará libertad á la más bella de sus esclavas, á Afrodísia.

—Al fin ha acabado por comprender que sólo iban ya á su casa por su criada.

—Creo que no ha comprendido nada. No es mas que un capricho del viejo Kheres, el armador del muelle. Ha querido comprar la muchacha en diez minas, pero Bakkhís no aceptó. Veinte minas, y las rehusó también.

—¡Qué locura!

—¿Qué quieres? Su ambición es tener una esclava liberta. Por lo demás, ha tenido razón en regatear. Kheres dará treinta y cinco minas, y por este precio se libertará la esclava.

—¿Treinta y cinco minas? ¿Tres mil quinientos dracmas? ¡Tres mil quinientos dracmas por una negra!

—Es hija de blanco.

—Pero su madre es negra.

—Bakkhís declaró que no la daría á otro precio; y tan enamorado está el viejo Kheres, que ha consentido.

—¿Y está invitado al menos?

—¡No! Afrodísia será servida en el banquete

como último manjar, después de la fruta. Cada invitado gozará de ella según su gusto, y hasta el día siguiente no la entregarán á Kheres. Pero mucho me temo que la fatiguen...

—No la compadezcas: con el viejo, tiempo le queda para descansar. Le conozco, Seso. Le he tenido á dormir.

Rieron ambas de Kheres y se cumplieron en seguida.

—Bonito vestido traes—dijo Seso—. ¿Lo has hecho bordar en tu casa?

El traje de Tryfera consistía en una delgada tela glauca enteramente recamada de grandes iris. Un carbunclo montado en oro la retenía, plegándola en huso, sobre el hombro izquierdo. Caía oblicua entre los dos pechos, dejando desnudo todo el lado derecho del cuerpo hasta el cinturón de metal, en tanto que una abertura estrecha que se entreabría y tornaba á cerrarse á cada paso revelaba la blancura de la pierna.

—¡Seso!—dijo otra voz—. Seso y Tryfera, venid si no tenéis qué hacer. Voy al muro Cerámico para buscar mi nombre escrito.

—¡Musarión! ¿de dónde vienes, pequeña?

—Del Faro. No hay nadie allá.

—¿Qué dices? ¡Si está tan lleno que basta echar el anzuelo!

—No son de mi gusto esos pescados. Por eso voy al muro. Venid.

Seso contó de nuevo en el camino el proyectado banquete de Bakkhís.

—¡Ah! ¡en casa de Bakkhís!—prorrumpió Mo-

sarión—. ¿Te acuerdas, Tryfera, de todo lo que en la última comida se dijo de Khrysis?

—No hay que repetirlo. Seso es su amiga.

Musarión se mordió los labios; pero Seso mostró inquietud.

—¿Qué? ¿qué se dijo?

—¡Oh! Hablillas.

—Ya pueden murmurar—exclamó Seso—. Nosotras tres no valemos lo que ella. El día que se proponga dejar su barrio y exhibirse en Broukhion, más de uno de nuestros amantes no volverá á vernos.

—¡Oh! ¡oh!

—Ciertamente. Yo haría locuras con esa mujer. No la hay más bella en esta ciudad, podéis creerlo.

Las tres jóvenes habían llegado frente al muro Cerámico. Sucediábase de un extremo á otro, en la inmensa pared blanca, las inscripciones negras. Cuando un amante deseaba solicitar á una cortesana, bastábale escribir allí su nombre y el de ella con el precio que se proponía dar. Si el hombre y el dinero eran tenidos en estima, la mujer quedaba de pie bajo el anuncio, en espera de que el autor volviese.

—¡Mira, Seso!—dijo riendo Tryfera—. ¿Quién es el chocarrero que ha escrito esto?

Y leyeron en gruesas letras:

BAKKHÍS

THERSITES

2 ÓBOLOS

—No se debía permitir que se burlen así de las

mujeres. Si yo fuera el rhymarco, habría hecho ya una averiguación.

Pero más adelante se detuvo Seso frente á una inscripción más seria.

SESO DE KNIDOS
TIMÓN, HIJO DE LYSIAS
I MINA

La joven palideció ligeramente.

—Me quedo—dijo.

Y se apoyó de espaldas contra el muro, ante las envidiosas miradas de las que pasaban.

A los pocos pasos encontró Musarion una oferta aceptable, aunque no tan generosa, y Tryfera volvió sola al muelle.

Como había avanzado la hora, la multitud era menos compacta. Sin embargo, las tres músicas continuaban cantando y tocando la flauta.

Al reparar en un desconocido, cuyo vientre y traje eran un tanto ridículos, Tryfera le golpeó el hombro.

—¡Hola, padrecito! Apuesto á que no eres alexandrino, ¿eh?

—En efecto, hija—respondió el buen hombre—. Lo has adivinado. Aquí me tienes sorprendido de la ciudad y de las gentes.

—¿Eres de Bubastis?

—No; de Kabasa. He venido á vender granos y regreso mañana, más rico de cincuenta y dos minas. ¡Gracias sean dadas á los dioses, el año ha sido bueno!

Tryfera sintió un súbito interés por el comerciante.

—Hija mía—agregó él con timidez—, puedes

darme un gran gusto. No quisiera volver á Kabasa sin poder contar á mi mujer y á mis tres hijas que he visto á los hombres célebres. ¿Conoces tú hombres célebres?

—Algunos—repuso ella sonriendo.

—Nómbra melos, entonces, si pasan por aquí. Estoy seguro de que he encontrado desde hace dos días en las calles á los filósofos más ilustres y á los funcionarios más poderosos, y me desespero no conocerlos.

—Quedarás satisfecho. He ahí á Naukrates.

—¿Qué es Naukrates?

—Filósofo.

—¿Y qué enseña?

—Que se debe callar.

—¡Por Zeus! esta doctrina no exige gran genio. No me agrada ese filósofo.

—Ahí va Frasilas.

—¿Quién es Frasilas?

—Un necio.

—Entonces, ¿por qué le nombras?

—Porque hay quienes le tienen por eminente.

—¿Y qué dice?

—Lo dice todo sonriendo, cosa que le permite hacer pasar sus errores como voluntarios y sus vulgaridades como agudezas. La ventaja es grande, y la gente se ha dejado engañar.

—Esto pasa de raya para mí, no lo entiendo bien. Por lo demás, en la cara de ese Frasilas se descubre la hipocresía.

—Mira ahí á Filodemos.

—¿El estratega?

—No; un poeta latino que escribe en griego.

—Pequeña, ese es un enemigo. Más valía no haberlo visto.

Avirtióse entonces un movimiento en toda

la multitud, y un murmullo general pronunció el mismo nombre:

«Demetrios... Demetrios...»

Tryfera subió sobre un poste y dijo á su vez al comerciante:

—Demetrios... He ahí á Demetrios. Tú, que querías ver hombres célebres...

—¿Demetrios? ¿el amante de la reina? ¿Es posible?

—Sí; tienes suerte. No sale jamás. Desde que estoy en Alejandría, ésta es la primera vez que le veo en el muelle.

—¿En dónde está?

—Es aquel que se inclina para ver el puerto.

—Hay dos que se inclinan.

—El del vestido azul.

—No le veo bien. Nos da la espalda.

—Es el escultor ¿sabes? á quien la reina se dió por modelo cuando esculpió la Afrodita del templo.

—Se cuenta que es el amante real, que es el dueño del Egipto.

—Es hermoso como Apolo.

—¡Ah! Se ha vuelto. ¡Qué satisfecho estoy de haber venido! Diré que le he visto. ¡Tanto me habian contado de él!... Parece que no ha habido mujer que le resista. Ha tenido muchas aventuras, ¿no es cierto? ¿Cómo se explica que las ignore la reina?

—La reina las conoce como nosotros. Lo ama demasiado para hablarle de eso. Teme que se vuelva á Rodas, al lado de Ferekrates. Es tan poderoso como ella, y es ella quien le ha buscado.

—No parece muy dichoso. ¿Por qué tendrá ese aspecto tan triste? Me parece que yo sería feliz

en su lugar. Quisiera ser él, aun cuando sólo fuese por una noche...

Habiase puesto el sol. Las mujeres contemplaban á este hombre, que era la ilusión de todas ellas, y él no parecía darse cuenta de la curiosidad que inspiraba, permaneciendo de codos en el parapeto, escuchando á las flautistas.

Hicieron éstas otra colecta, y luego, con tranquilidad, se echaron las ligeras flautas á la espalda. La cantora tomó por el cuello á sus dos compañeras y juntas encamináronse hacia la ciudad.

Al cerrar la noche retiráronse las demás mujeres en pequeños grupos hacia la inmensa Alejandría, y el rebaño de hombres las siguió. Pero todas, al andar, volvían la vista hacia el mismo Demetrios. La última que pasó le arrojó con indolencia y riendo una flor amarilla.

El silencio invadió los muelles.

Demetrios

EN el sitio abandonado por las tres músicas, Demetrios había quedado solo, apoyado de codos, escuchando el ruido del mar, el crujir lento de los barcos y el rumor del viento bajo el cielo estrellado. Una nubecilla deslumbrante detenida sobre la luna alumbraba toda la ciudad, llenando de suave resplandor el espacio.

Fijó el joven la vista cerca de donde estaba. Las tónicas de las flautistas habían dejado dos surcos en el polvo. Recordó sus rostros: eran dos efesias. La mayor le había parecido bonita; pero la más joven carecía de encantos, y como la fealdad le causaba malestar, apartó de sí este pensamiento.

Vió brillar á sus pies un objeto de marfil y lo recogió. Era una tablita para escribir, de la que pendía un estilo de plata. Casi toda la cera estaba consumida; debían de haber borrado varias veces las palabras trazadas, y la última vez habían grabado en el mismo marfil.

No vió escritas sino estas palabras:

MYRTÍS AMA Á RHODOKLEIA

y no sabía á cuál de las dos mujeres pertenecería esto, ni si la otra era la mujer amada, ó bien alguna joven desconocida, abandonada en Efeso. Entonces imaginó un momento ir á alcanzar á las músicas para devolverles lo que quizás era el recuerdo de una muerta adorada; pero no hubiera podido encontrarlas sin trabajo, y como iba desvaneciéndose su interés por ellas, se volvió con pereza y lanzó la tablita al mar.

Cayó rápidamente, deslizándose como una avecilla blanca, y el chasquido que produjo en el agua distante y negra hizo sentir al joven el silencio profundísimo del puerto.

Apoyado en el parapeto frío, procuró ahuyentar todo pensamiento y se puso á mirar las cosas.

Le inspiraba horror la vida diaria y sólo salía de su casa á la hora en que el tráfico cesa, para regresar cuando el alba atraía á la ciudad pescadores y hortelanos. El placer de no ver en el mundo mas que la sombra de la ciudad y la de su propia estatura era para él tan voluptuoso, que no recordaba haber visto el sol de mediodía durante varios meses.

Se hastiaba. La reina era fastidiosa.

Apenas podía comprender esta noche el gozo y el orgullo que le habían invadido tres años antes, cuando la reina, seducida acaso más por el renombre de sus perfecciones que por la fama de su genio, le había hecho comparecer en palacio, y ser anunciado en la Puerta de la Tarde con toques de salpinge de plata.

Esta entrada encendía á veces en su memoria uno de esos recuerdos que á fuerza de ser dulces acaban por agriarse poco á poco hasta hacerse intolerables... La reina le había recibido sola en sus

habitaciones privadas, que se componían de tres piecitas, blandas y sordas á más no poder. Hallábase acostada del lado derecho y como hundida entre rebullones de seda verdosa que bañaban de reflejos purpúreos los negros bucles de su cabellera. Cubría su joven cuerpo un vestido atrevidamente calado que había hecho á su propia vista una cortesana de Frigia, y que dejaba descubiertos los veintidós lugares de la piel en donde son irresistibles las caricias, de tal modo que, durante una noche entera y aun agotando los más raros caprichos de una imaginación amorosa, no fuese necesario quitarse este vestido.

Demetrios, arrodillándose respetuosamente, tomó entre sus manos, para besarlo como á objeto precioso y dulce, el piecico desnudo de la reina Berenice.

Levantóse ella al punto.

Con toda sencillez, como una esclava que sirve de modelo, se desembarazó del coselete, de las cintas, del calzoncillo partido; quitóse después las ajorcas de los brazos, las sortijas de los pies, y se irguió con las manos abiertas ante los hombros, alzando la cabeza bajo una capelina de coral que temblaba á lo largo de sus mejillas.

Era hija de un Ptolomeo y de una princesa de Siria que descendía de todos los dioses por su parentesco con Astarté, á la que los griegos llaman Afrodita. Demetrios lo sabía, y también lo muy orgullosa que estaba de su origen olímpico. Por esto no se turbó cuando la soberana le dijo sin moverse siquiera: «Yo soy Astarté. Toma un mármol y tu cincel, y muéstrame á los hombres de Egipto. Quiero que sea adorada mi imagen.»

Demetrios la miró, y adivinando, á no dudar-

lo, qué sensualidad sencilla y nueva animaba este cuerpo joven, dijo: «Yo soy el primero en adorarla», y la ciñó con sus brazos. La reina no se indignó por tamaño atropello, pero preguntó retrocediendo: «¿Te crees el Adonis para tocar á la diosa?» El respondió: «Sí.» Miróle ella, sonrió un poco, y acabó por decir: «Tienes razón.»

Esto fué causa de que el artista se volviese insoportable y sus mejores amigos se alejasen de él. Pero enloqueció en cambio todos los corazones de mujer.

Cuando atravesaba alguna sala del palacio, deteníanse las esclavas, las damas de la corte cesaban de hablar, y las extranjeras mismas se ponían á escucharle, porque el sonido de su voz era una melodía. Si se retiraba á las habitaciones de la reina, aun allí iban á importunarle con pretextos siempre nuevos. Si transitaba por las calles, los pliegues de su túnica se llenaban de tirillas de papiro en las que las transeuntes escribían sus nombres y lastimeras palabras, papiros que él estrujaba sin leerlos, cansado de todo esto. Cuando su obra fué colocada en el templo de Afrodita, invadieron el recinto á toda hora de la noche multitud de adoradoras para leer en la piedra el nombre de Demétrios y consagrar á este dios vivo todas las palomas y todas las rosas.

Pronto estuvo su casa colmada de regalos que aceptó al principio por negligencia, pero que acabó por rechazar invariablemente cuando comprendió lo que esperaban de él, y que le estaban tratando lo mismo que á una prostituta. Sus mismas esclavas se le ofrecieron, y él las hizo azotar y las vendió á la pequeña mancebía de Rhakotis.

Entonces, sus esclavos, sobornados con dádivas, abrieron la puerta á mujeres desconocidas, que al regresar Demetrios encontraba junto á su lecho en tal actitud, que no era posible poner en duda sus apasionadas intenciones. Los objetos de su tocador y de su mesa desaparecían uno tras otro; y más de una mujer de la ciudad tenía una sandalia ó un cinturón suyos, una copa en que él había bebido, hasta los huesos de las frutas que comía. Si al andar se le caía una flor, no volvía á encontrarla. Hubieran recogido hasta el polvo aplastado por su calzado.

Aparte de lo peligrosa que iba haciéndose esta persecución, que amenazaba matar en él toda sensibilidad, había llegado á la época de la juventud en que el hombre que piensa cree urgente promediar su vida y no confundir ya las tendencias del espíritu con las necesidades de la carne. La estatua de Afrodita-Astarté fué el sublime pretexto para su conversión moral. Cuanto había de belleza en la reina, cuanto de ideal podía inventarse en las suaves líneas de su cuerpo, hizo Demetrios que surgiera del mármol, y se imaginó desde este día que mujer alguna en la tierra podría alcanzar jamás el nivel de su ensueño. Su estatua se convirtió en el objeto de sus deseos. No adoró ya mas que á ella sola, y separó locamente de la carne la idea suprema de la diosa, tanto más inmaterial si la hubiese asociado á la vida.

Cuando volvió á ver á la reina, la encontró desprovista de todo su anterior encanto. Bastóle aún algún tiempo para engañar sus deseos sin aspiración fija, pero al mismo tiempo la reina difería demasiado de la Otra, y se le asemejaba

también demasiado. Cuando, agotada, se desprendía de sus brazos para dormirse sin cambiar de sitio, él la miraba como á una intrusa que usurpaba su lecho tomando la semejanza de la mujer amada. Sus brazos eran más esbeltos, su pecho más agudo, sus caderas más estrechas que las de la Verdadera. No tenía entre las ingles aquellos tres pliegues tan delgados como ligeras líneas que él había grabado en el mármol. Acabó por cansarle.

Lo supieron sus adoradas, y aun cuando continuaba visitándola todos los días, se comprendió que había dejado de amar á Berenice. El asedio fué redoblándose en torno de él, pero no hizo el menor caso. Era de otra naturaleza, en efecto, el cambio que le hacía falta.

Suele ser raro que, entre querida y querida, no tenga un hombre cierto período en el que el libertinaje vulgar le tiente y satisfaga. Así le aconteció á Demetrios. Cuando le repugnaba más que nunca la necesidad de entrar en palacio, se encaminaba por la noche al jardín de las cortesanas sagradas, que circuía por todas partes al templo.

Estas mujeres no le conocían; y como, además, tantos amores superfluos las habían cansado, hasta el punto de no dejarles ni un grito ni una lágrima, no perturbaban la satisfacción que él buscaba con aquellos gemidos de gata en celo que le enervaban al estar con la reina.

Su conversación con estas hermosas y tranquilas mujeres era natural y perezosa. El tema versaba sobre los que habían estado antes, sobre el tiempo que haría á la mañana siguiente, ó la frescura de la hierba y de la noche. Tampoco le pedían ellas que expusiera sus teorías sobre es-

tatuaria, ni le daban su opinión acerca del Aquilales de Scopas. Si se les ocurría dar las gracias al amante que las había escogido, considerarle buen mozo y decirselo, le quedaba á él, cuando menos, el derecho de no creer en su desinterés.

Así que se apartaba de estos brazos religiosos, ascendía las gradas del templo y se extasiaba delante de la estatua.

La diosa aparecía entre las esbeltas columnas coronadas de volutas jónicas como si estuviese viva sobre su pedestal de piedra color de rosa cargado de tesoros suspendidos. Daba animación á su desnudez y á su sexualidad un vago tinte que imitaba los colores de la mujer. Tenía en una mano su espejo, cuyo mango era un priapo, y con la otra adornaba su belleza con un collar de siete hilos de perlas. Entre sus dos pechos pendía una perla más gruesa que las demás, argentada y oval, que lucía como luna creciente entre dos nubes redondas.

Demetrios contemplaba á la diosa enternecido, y quería creer, como el pueblo, que aquéllas eran las verdaderas perlas santas, formadas de las gotas de agua que habían rodado en la concha de la Anadyomena.

«¡Oh divina Hermana—decía—, oh florida, oh transfigurada! No eres tú ya la jovencilla asiática que me sirvió de indigno modelo. Tú eres su Idea inmortal, el Alma terrestre de la Astartea que fué progenitora de su raza. Tú brillabas en sus ojos candentes, tú ardías en sus labios sombríos, tú desfallecías en sus manos blandas, tú palpitabas en sus grandes senos, tú te crispabas en sus piernas enlazadoras, hace ya tiempo, antes de que nacieras; y lo que satisface á la hija de un

pescador, á ti te postraba, ¡oh diosa! á ti, madre de los dioses y de los hombres, placer y sufrimiento del mundo. Pero yo te he visto, te he evocado, te he asido, ¡oh maravillosa Citerea! Te he revelado á la tierra. No es á tu imagen, sino á ti misma á quien he dado tu espejo y á quien he cubierto de perlas, como en el día en que naciste del cielo ensangrentado y de la sonrisa espumosa de las aguas, aurora deslumbrante de rocío, aclamada hasta las riberas de Chipre por un cortejo de tritones.»

* * *

Venía de adorarla así, cuando entró en el gran muelle, á la hora que se dispersaba la multitud, y oyó el canto doloroso que gemían las flautistas. Pero esta vez no había cedido á las cortesanas del templo, porque al entrever bajo las ramas una pareja, sintió que le penetraban hasta el alma la repugnancia y el asco.

La dulce serenidad de la noche le invadía poco á poco. Volvió la cara hacia el lado del viento, que había cruzado el mar, y parecía llevar al Egipto el olor de las rosas de Amatonte.

Hermosas formas de mujer comenzaban á bosquejarse en su pensamiento. Le habían pedido para el jardín de la diosa un grupo de las tres Xárites enlazadas. Pero á su juventud le repugnaba copiar lo convencional, é imaginaba unir en un mismo mármol los tres movimientos graciosos de la mujer. Dos de las Gracias estarían vestidas, con un abanico la una, y entornando los párpados al soplo de las plumas movidas; la otra, danzando bajo los pliegues de su túnica.

La tercera estaría desnuda, detrás de sus hermanas, y con los brazos alzados se retorcería sobre la nuca la masa espesa de sus cabellos.

Otros muchos proyectos germinaban en su pensamiento, tales como atar á las rocas del Faro una Andrómeda de mármol negro delante del monstruo horripilante del mar; encerrar el ágora de Broukhion entre los cuatro caballos del sol levante, como por Pegasos irritados, y ¡con qué fruición exultaba á la idea naciente de un Zagreús aterrorizado á la aproximación de los Titanes! ¡Ah! ¡cómo estaba reconquistado por toda la belleza! ¡cómo se arrancaba al amor! ¡cómo «separaba de la carne la idea suprema de la diosa»! ¡cómo se sentía libre en fin!...

Pero al volver la cara hacia los muelles, vió brillar á lo lejos el velo amarillo de una mujer que caminaba.

IV

La que pasaba

VENÍA lentamente, inclinando la cabeza sobre un hombro, por el desierto muelle, que bañaba la claridad de la luna. Delante de sus pasos temblaba una sombra pequeña y movediza.

Demetrios la miraba avanzar.

Surcaban pliegues diagonales lo poco que de su cuerpo se veía á través del tejido ligero; uno de los codos resaltaba por bajo la túnica ajustada, y con el otro brazo, que había dejado descubierto, llevaba recogida la larga cola para evitar que arrastrase por el polvo.

Reconoció él por las joyas que era una cortesana, y para ahorrarse su saludo, atravesó rápidamente el muelle.

No quería mirarla. Voluntariamente ocupó su pensamiento en el gran boceto de Zagreús. Pero á pesar de esto, sus ojos se volvieron hacia la que pasaba.

Entonces vió que no se detenía, que en nada se preocupaba de él, que ni siquiera afectaba mirar al mar, ni alzarse por delante el velo, ni fin-

girse absorta en sus reflexiones. Paseábase sola simplemente y no buscaba allí mas que la frescura del viento, la soledad, el abandono, la leve vibración del silencio.

Demetrios, inmóvil, no apartó de ella la mirada, abismándose en una emoción de singular asombro.

Continuaba ella andando con su indolente abandono, como una lejana sombra amarilla, precedida por la ligera sombra negra.

Hasta él llegaba el débil crujir del calzado en la arena del muelle.

Marchó la cortesana hasta la isla del Faro y subió á las rocas.

De pronto, y como si de largo tiempo atrás la hubiese amado, corrió Demetrios en pos de la desconocida, detúvose luego, volvió sobre sus pasos, tembló, indignóse contra sí mismo, trató de abandonar el muelle. Pero como jamás había empleado su voluntad sino para complacer su propio capricho, cuando llegó el momento de emplear esa voluntad en el sostén de su carácter y la ordenación de su vida, sintió que la impotencia le dominaba reteniéndole en el sitio mismo en que posaba sus pies.

No pudiendo ya apartar su pensamiento de esta mujer, buscó excusas de la preocupación que con tal viveza acababa de ofuscarle, y supuso que un sentimiento puramente estético le inducía á admirar á la paseante, que sería sin duda el modelo soñado para la Gracia con abanico que proyectaba esbozar al día siguiente.

A poco, todos sus pensamientos se confundieron inesperadamente y afluyó á su imaginación una multitud de ansiosas interrogaciones acerca de esta mujer de amarillo ropaje.

¿Qué haría en la isla á semejante hora de la noche? ¿Por qué y para quién salía tan tarde? ¿Por qué no se había aproximado? Le había visto, ciertamente, cuando él atravesó el muelle. ¿Por qué, pues, sin dirigirle un saludo, había ella proseguido su marcha? Corría el rumor de que ciertas mujeres gustaban de bañarse en el mar durante las horas frescas que preceden al alba; pero en el Faro, donde el agua era demasiado profunda, nadie se bañaba. ¿Y no era además inverosímil que una mujer se cubriera así de joyas para ir al baño?... ¿Qué la llevaba, entonces, tan lejos de Rhakotis? ¿Una cita, quizás? ¿Algún joven libertino, curioso de variedad, que tomaba un instante por lecho las grandes rocas pulidas por las olas?

Demetrios quiso convencerse; pero ya volvía la joven, con su mismo paso tranquilo y muelle, plenamente alumbrado el rostro por la lenta claridad lunar y barriendo el polvo del parapeto con la extremidad de su abanico.